

ángeles, y á una voz contradigan á este perverso concilio, diciéndole: Digno es de vida, digno es de vida. Vosotros sois los merecedores de la muerte, y Cristo solo es digno de sempiterna vida.

### MEDITACION XXX

DE LAS INJURIAS Y DOLORES QUE PADECIÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR EN PRESENCIA DE CAIFÁS Y DE SU CONCILIO, Y EN LO RESTANTE DE LA NOCHE

#### PUNTO PRIMERO

Varias injurias que padeció Cristo en casa de Caifás: 1. Le escupieron en la cara: gravedad de tal injuria.—2. Modestia y serenidad con que la sufre Cristo.—3. Cómo con el pecado se renueva esta injuria á Jesus.

Oida esta sentencia, los que tenían asido á Cristo nuestro Señor, porque no sólo estaba atado, sino otros muchos le tenían asido porque no se les fuese, tomaron atrevimiento y ocasion para injuriarle y atormentarle, instigándoles Satanás á ello, mezclando con las cosas ignominiosas, otras dolorosas, para que la pena fuese mayor. Estas penas se reducen á cinco ó seis géneros.

1. La primera injuria, fué *escupirle en el rostro* (1), que era un tormento ignominioso y asqueroso, usado entre los judíos, y tenido por grande injuria; y como los soldados y ministros eran muchos, y todos á porfía le arrojaban salivas, quedó el rostro de

(1) Matth. xxvi, 67, Marc. xiv, 65.

Cristo afeado y oscurecido grandemente Pondera, pues, oh alma mia, quién es el escupido, y quién son los que le escupen, qué rostro es el afeado con salivas, y qué bocas son las que le afean con ellas, y hallarás que el escupido es el Dios de la majestad, el Criador de cielos y tierra, el que con su saliva da vista á los ciegos, lengua á los mudos y oído á los sordos (1); es escupido el rostro que enamora á los serafines, á quien no se hartan de ver los ángeles, en quien está la salvacion de todos los hombres, por quien suspiraban los profetas diciendo: *Muéstranos tu rostro, y seremos salvos* (2). Este es escupido de viles hombrecillos, de abominabilísimos pecadores, de gente dignísima de que todos escupiesen en ella como en el lugar más vil y desechado del mundo. Pues ¿cómo no te compadesces de ver escupido á tal Señor por tales esclavos? ¿A tan excelente Criador, por tan viles criaturas? ¡Oh rostro venerable de Jesus, más resplandeciente que el sol, más hermoso que la luna y más gracioso que las estrellas del cielo! ¿Cómo te han oscurecido y afeado las salivas de los pecadores de la tierra? Sus pecados son la causa de esto, y por lavarles de ellos quieres tú ser afeado. Antiguamente era escupido el que no queria resucitar la familia de su hermano, que habia muerto sin hijos (3); pero tú, Señor, eres escupido, por resucitar la familia de Adán que mató á sí, y á todos sus hijos. Gracias te doy por esta inestimable caridad, y por ella te suplico resucites mi alma, la laves y adornes con la hermosura de tu gracia. Amen.

(1) Ioan. ix, 6, Marc. vii, 33.

(2) Ps. LXXIX, 4. — (3) Deut. xxv, 9.

2. Luego ponderaré la modestia, gravedad y serenidad que tenía Cristo nuestro Señor, sufriendo con extraña mansedumbre y silencio, aquella lluvia de salivas *sin apartar su rostro*, como dice Isaías, *de los que le escupían* (1), sin hacer gesto ni meneo de hombre injuriado ni enojado, y sin decir palabra alguna contra sus injuriadores. Oh Dios eterno, si á María, hermana de Aaron, porque injurió á Moisés, escupisteis en el rostro y se llenó de lepra (2), ¿por qué no escupís á estos que os escupen, para que se llenen de lepra como su maldad merece? Mas Vos, Dios mio, no venisteis al mundo á hacer leproso, sino á sanarlos, tomando sobre Vos la pena de su lepra, y la figura de leproso (3). No venisteis á escupir para matar, sino para sanar y dar vida con vuestra saliva al pecador que carece de ella; tocadme con vuestra saliva, para que sea sabio en conoceros, sano y fuerte para amaros y servirlos.

3. Lo tercero, espiritualizando esto, ponderaré cómo cada vez que ofendo á Dios con culpa grave, es espiritualmente escupir á Cristo en el rostro, y afearle con la saliva de mi culpa, salida de mi lengua emponzoñada, y de mi corazon y pecho venenoso. Y tambien ponderaré, cuánta lluvia de estas salivas descargaron y descargan sobre Cristo nuestro Señor, y cuánto más siente éstas que esotras, por ser más abominables y hediondas delante de Dios. Y finalmente ponderaré, cómo despreciar y escupir al prójimo, es escupir á Cristo que toma esta injuria por suya. De todo lo cual tengo de sacar afectos de dolor y compasion, y propósitos de huir el pecado con que Dios es escupido.

(1) Isai. L, 6.—(2) Num. XII, 10.—(3) Isai. LIII, 4.

## PUNTO SEGUNDO

1. Le vendan á Cristo la cara.—2. Cómo el pecador pretende vendar los ojos de Dios; pero en vano.

1. La segunda injuria fué, *vendarle sus divinos ojos* (1), para más á su salvo herirle y escarnecerle, pensando que no los veía, porque la serenidad y gravedad del rostro de Cristo los encogia para no burlar de él á su gusto. Al contrario de lo que sucedió á Moisés, *el cual cubrió con un velo su cara para hablar con el pueblo* (2), porque el resplandor que salía de ella, ofuscaba la vista de los que la miraban; mas nuestro dulce Jesus, resplandor de la gloria del Eterno Padre, consiente que la suya sea cubierta con otro velo por los discípulos de Moisés, no para que le oigan con más atencion, sino para que le desprecien con mayor libertad, mostrando en esto que tiene no ménos gana de ser despreciado, que ellos de despreciarle. Y es de creer que el velo ó venda con que le cubrieron y vendaron, seria vil y despreciado, para que el escarnio fuese mayor.

2. Tambien tengo de ponderar, cuán propio es de los grandes pecadores desear que Dios no les vea, ó imaginar que no los ve, para pecar más libremente, diciendo lo que está escrito en Job: *Las nubes son su escondrijo, y no considera nuestras cosas* (3). Al modo que estos miserables vendaron los ojos corporales de Cristo nuestro Señor para que

(1) Luc. XXII, 64, Marc. XIV, 65.

(2) Exod. XXXIV, 35.—(3) Job. XXII, 14.

no les viese; mas no por eso dejaba de verlos con los ojos de su alma y de su divinidad; y así más fué cegarse y quitarse la vista á sí mismos, que quitarla á Cristo. Y de esta manera he de pensar, que cuando peco olvidado de que Dios me mira, este olvido es como un velo con que pienso estar cubiertos los ojos de Dios (1), pero no lo están sino los míos; porque *los de Dios*, como dice el Sabio, *contemplan en todo lugar al bueno y al malo* (2), y al bien ó mal que hace cada uno. Oh Dios eterno, no permitas que yo cubra tus ojos y tu rostro, sino es como los serafines le cubrían con sus alas (3) venerando tu divinidad y confesando que no tenían ojos para comprenderla; pero tú, Señor, los tienes muy claros para verme y comprenderme, y esto basta para que yo crea que miras mis culpas y me mueva á llorarlas, con propósito de nunca más volver á ellas.

#### PUNTO TERCERO

1. Cómo hieren á Cristo con puñadas.—2. Danle de bofetadas, y Cristo cumple el consejo que nos dió de ofrecer el otro carrillo.—3. Misterio de estos dos modos de heridas.

1. La tercera injuria y tormento, fué herirle con las manos cruelmente, y esto fué en dos maneras. Unos le herian con los puños dándole puñadas y golpes en la cabeza y en el rostro, brazos, pechos espaldas, con grande rabia y porfia (4). Y es de creer, que su celestial rostro quedaria hinchado y acardenalado, y el cuerpo como molido por la mu-

(1) Iob. xxii, 13.—(2) Prov. xv, 3.—(3) Isai. vi, 2.  
(4) Matth. xxvi, 67, Luc. xxii, 64, Marc. xiv, 65.

chedumbre de los golpes á causa de ser muchos y muy crueles los que le golpeaban, y estar muy encendidos en ira, paliada con celo de que vengaban la blasfemia dicha contra Dios.

2. *Otros le herian con las palmas de las manos* (1), dándole de bofetadas, lo cual entre los hombres es más ignominioso que ser herido con el puño. Aquí cumplió nuestro Señor á la letra el consejo que habia dado: *Si alguno te hiere en un carrillo, ofrece el otro* (2), porque las bofetadas no fueron una como en casa de Anás, sino muchas, y á porfia, por muchos ministros del demonio, pareciéndoles que ganaban perdones en herirle, y todas las recibia este mansísimo Salvador sin decir: *¿Por qué me hieres?* (3). Antes decia con la obra, más que con la palabra: Si quereis herirme, heridme, que aparejado estoy para ser herido y abofeteado, y mi deseo es verme harto y lleno de tales desprecios, cumpliéndose aquí lo que dijo Jeremías: *Dará su rostro al que le hiere, y será lleno de oprobios* (4).

3. Tambien se ha de ponderar el misterio de estos dos modos de heridas que recibió Cristo nuestro Señor con las manos de los pecadores, porque unos le hieren con la mano cerrada y apretada, y estos son los avarientos y codiciosos, que se ocupan en allegar bienes para sí, y los aprietan sin extender la mano á repartirlos con pobres; otros le hieren con las palmas y manos extendidas y abiertas, y estos son los soberbios y jactanciosos del mundo, y los regalados y blandos en su carne, los pródigos y manirotos en dar y gastar para su vani-

(1) Matth. xxvi, 67.—(2) Matth. v, 39.  
(3) Ioan. xviii, 23.—(4) Thren. iii, 30.

dad y sensualidad. Las culpas de estos traen mayor ignominia, porque afrentan á Cristo, despreciándole por honrarse á sí. Y en castigo de estas dos suertes de culpas, quiere Cristo nuestro Señor pasar por estas dos diferencias de penas; y así tengo de pensar, que yo soy el que hiere á Cristo con mis puños cerrados, cuando peco por codicia de bienes terrenos, y yo le hiero con las palmas extendidas, cuando peco por vanidad y sensualidad, por dilatar mi fama y buscar la blandura de mi carne. Oh liberalísimo Dador de todos los bienes, que con tanta liberalidad das tu rostro al que te hiere con deseo de darle tu corazón, por el grande amor que le tienes. Abre, Señor, tu mano benditísima, y toca á los que te hieren con la suya, para que cesen de herirte, y con ella hieran sus pechos como el Publicano, confesando sus culpas, para que alcancen perdon de ellas (1). Amen.

#### PUNTO CUARTO

1. Cómo le mesaron á Cristo las barbas y le arrancaron los cabellos.—2. Le injurian con palabras afrentosas.—
3. Por qué contaron tan por menudo los evangelistas estas injurias hechas á Cristo.

1. La cuarta pena y tormento, fué mesarle las barbas y arrancarle los cabellos con crueldad excesiva; porque aunque los evangelistas no cuentan esto, pero díjolo el mismo Señor por Isaías, y es cierto que se cumplió. *Yo, dice, di mi cuerpo á los que le herian, y mis barbas á los que las arrancaban; no aparté mi rostro de los que me escarnecian y escu-*

(1) Luc. xviii, 13.

*pian* (1). ¡Oh sumo Sacerdote, mucho más noble que Aaron, cuya uncion destilaba de la cabeza hasta la barba (2), para significar su dignidad y fortaleza varonil! ¿Cómo consientes que la tuya sea mesada y arrancada con tanta ignominia y crueldad? ¡Oh sagrado Nazareno, cuyos cabellos no habian de ser cortados durante su consagracion! (3). ¿Por qué dejas repelar y arrancar los tuyos, pues siempre eres Nazareno y Santo, y la misma santidad? Ya veo, Señor, que por mis cobardías afeminadas son mesadas tus barbas, y por mis demasías y excesos son arrancados tus cabellos, y pues el amor que me tienes, más casto que el de Sanson á Dalila (4), dió licencia para esto, suplicote perdones las culpas que fueron causa de estas penas y me des un ánimo varonil para servirte, y muy mortificado para nunca más ofenderte.

2. La última injuria, fué de palabras afrentosas que le decian cuando le daban bofetadas y puñadas, diciéndole: *Profetizanos, Cristo, ¿quién es el que te hirió?* (5). Que era decir: Pues dices de ti que eres Cristo y profeta, adivina quién te dió esta bofetada; en lo cual daban á entender, que le tenian por Cristo fingido y por profeta falso. Y añade San Lucas: *Que decian contra él otras muchas blasfemias* (6), las cuales deja á nuestra consideracion. Mas para creer que fueron muchas y muy graves, basta saber que los blasfemadores eran muchos, y muy atrevidos y desconedidos, llenos de ira y rencor, y que la serpiente infernal movia sus lenguas serpentina para que vomitasen injurias y blasfemias, nunca

(1) Isai. l, 6.—(2) Ps. cxxxii, 2.—(3) Num. vi, 5-18.

(4) Iudic. xvi, 4-5.—(5) Matth. xxvi, 68.—(6) Luc. xxii, 65.

oidas, á fin de provocarle á impaciencia, y tomar de él cruel venganza (1). Es de creer que renovarían todas las palabras injuriosas que otras veces le habían dicho, llamándole samaritano, endemoniado, comedor y bebedor, amigo de publicanos, quebrantador de los sábados y fiestas, revolvedor del pueblo, embaidor, nigromántico, blasfemo contra Dios (2), y otras innumerables. De suerte, que ellos hartaron y cumplieron el deseo que tenían de injuriarle, cumpliéndose en Cristo nuestro Señor lo que dijo de sí el santo Job: *Abrieron contra mí sus bocas diciéndome oprobios, hirieron mi rostro y hartáronse con mis penas* (3). Y el mismo Cristo, como dijo Jeremías, *quedó también harto y lleno de desprecios* (4); pero siempre con ganas de recibir otros mayores, como los recibió en el discurso de esta noche; porque el deseo de sus enemigos era como hambre canina, y sed de hidropesía, que aunque coma y beba hasta hartarse, luego tiene hambre y sed de comer y beber más hasta la muerte. Pero el deseo de Cristo nuestro Señor, era hambre y sed de caridad infinita, que nunca del todo se puede ver harta; y así por mucho que ellos deseaban llenarle de injurias, estaba aparejado para recibir otras muy mayores. Oh bendita sea caridad tan insaciable, y fuego de amor tan encendido que nunca supo decir á sus injuriosos, basta, basta, sino ántes, *daca, daca* (5).

3. Finalmente, cerca de estas cinco maneras de injurias se ha de ponderar, cómo los evangelistas no se desdijeron de contar tan por menudo las

(1) Ps. cxxxix, 4.

(2) Ioan. viii, 48, Matth. xi, 19, Ibid. xii, 10, Marc. iii, 4, Luc. vi, 2, Ibid. xi, 15.

(3) Job. xvi, 11. — (4) Thren. iii, 30. — (5) Prov. xxx, 15.

afrentas é injurias de nuestro Salvador, porque sabían que era grande gloria de Dios, de Cristo y nuestra, haber querido padecer tales cosas por nosotros; y por consiguiente, que no hemos de desdijarnos de padecer otras semejantes, sino gloriamos de ellas, y amar de todo corazón al que tales muestras de amor nos dió, y nunca cesar de alabarle, juntando con la continua acción de gracias, continuos servicios por ellas, de las cuales puedo hacer una como letanía, en esta ó en otra forma. Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por haber sufrido con invencible paciencia y humildad, que fuese tu rostro escupido, tus ojos vendados, tus carrillos abofeteados, tus barbas mesadas, tus cabellos arrancados, tu cuerpo golpeado y tus oídos con innumerables blasfemias ofendidos. Suplícote, Señor, por estas tus sacratísimas penas me perdones las culpas que fueron causa de ellas, y me haga tan dichoso, que padezca con paciencia y caridad por ti las penas que tú padeciste por mí.

#### PUNTO QUINTO

1. Lo que Cristo nuestro Señor padeció lo restante de aquella noche en casa de Caifás.—2. Afectos de su corazón en esta ocasión.

1. Luego se ha de considerar lo que Cristo nuestro Señor padecería en lo restante de aquella noche, lo cual es más de lo que nuestro entendimiento puede alcanzar; porque habiéndose ido los pontífices y sacerdotes á reposar, Cristo nuestro Señor quedó fuertemente atado en aquella sala con muchos soldados de guarda, acudiendo también los criados y chusma de casa, los cuales se entretuvie-

ron todo aquel tiempo burlando de él en las cinco cosas que se han dicho, y con otras muchas que Satanás les instigaba para vengarse de Cristo y derribar su constancia; y yéndose unos á dormir, venian otros de refresco que proseguian sus injurias sin dejarle dormir ni descansar en toda la noche, estando como blanco y terrero de todos, cumpliéndose lo que habia dicho Simeon *que estaria puesto como señal de contradiccion* (1). Y lo que dijo David: *Yo soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo* (2).

2. Pero ¿qué hacia entónces este soberano Redentor, no hombre sino más que hombre y gloria de todos los hombres? Mostraba un rostro como de diamante, y un cuerpo como de acero, sin cansarse de sufrir, ni dar señal de enfado ó enojo; y en lo interior ofrecia todos aquellos trabajos á su Padre por los pecadores, y estaba continuamente orando por ellos con grandísimo fervor, de modo, que podemos decir de él: *Estaba trasnochando y pasando toda la noche en oracion de Dios* (3), esto es, en oracion altísima, digna de Dios, sin que la muchedumbre de las injurias que oia, ni la terribilidad de los dolores que padecia le divirtiesen ó entibiasen en ella. Allí tenia presentes á sus discípulos, que andaban descarriados, como ovejas sin pastor, y oraba por ellos ardentemente, porque no se los tragase el lobo infernal; y tambien puedo creer, que me tenia presente en su memoria y ofrecia por mí su oracion. ¡Oh Salvador mio, quién se hallara en vuestra compañía para consolaros en el desconsuelo de tan larga noche! Con el espíritu me pongo en vuestra

(1) Luc. II, 34.—(2) Ps. XXI, 7.—(3) Luc. VI, 12

presencia, deseando trasnochar en la oracion de Dios, juntando la mia con la vuestra, para que sea bien recibida y despachada.

#### PUNTO SEXTO

1. Dolor que experimentó la Virgen al oír la prision de su Hijo.—2. Su resignacion.—3. Como conforta á las santas mujeres que estaban en su compañía.

1. Últimamente se ha de considerar, cómo alguno de los discípulos, y quizá fué San Juan, llevó la nueva de la prision de Cristo nuestro Señor á la Virgen sacratísima que estaba en compañía de la Magdalena y de otras santas mujeres, donde habian comido su cordero pascual, y en oyendo la triste nueva, fué su alma traspasada con el cuchillo de dolor (1) y tristeza tan crecida, que bien pudo decir con verdad las palabras de su Hijo: *Triste está mi alma hasta la muerte* (2). Esto es, está llena de tristeza mortal, con ansias y congojas como de muerte; porque como era encendidísimo el amor que le tenia, y muy viva la fe y aprension de las injurias y dolores que habia de padecer, cuando le consideró ya metido dentro de ellas, fué su alma llena de amargura y penetrada de un mar de compasion, de suerte, que podriamos decir de ella lo que dijo Jeremías: *Grande es como el mar tu dolor y contriccion, ¿quién podrá darte remedio en ella?* (3).

2. Pero como esta Virgen estaba llena de Dios, hizo luego lo que su Hijo, acudiendo al remedio de la oracion, y puesta de rodillas delante del Eterno Padre, pegando su rostro con la tierra diria: Padre

(1) Luc. II, 35.—(2) Marc. XIV, 34.—(3) Thren. II, 13.

soberano, si es posible, pase este cáliz de mi Hijo sin que le beba, ó temple en algo su terrible amargura; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú. Padre Eterno, todas las cosas te son posibles, traspasa este cáliz de mi Hijo en mí, yo le beberé, porque él no le beba; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y en esta oracion velaria grande rato, haciendo actos de confianza y resignacion, conformando su querer con el divino; y es de creer que con la congoja oraba más prolijamente, hasta que el Padre Eterno, por algun ángel, ó por sí mismo interiormente la confortó.

3. Luego se levantaria de su oracion, y á imitacion de su Hijo, como buena Madre procuraria confortar á las que estaban en su compañía, para que no desfalleciesen en la fe, y lo restante de la noche gastaria en revolver por su memoria las aficciones que su Hijo estaba padeciendo, como las habia leído en los profetas, haciéndose sus ojos fuentes de lágrimas con estas consideraciones. ¡Oh Virgen sacratísima, que como otra Sion, *llorando, llorais toda la noche, derramando lágrimas por vuestras mejillas, sin que alguno de vuestros conocidos os consuele en esta aficcion* (1), razon teneis de llorar porque el espíritu de nuestra vida, *Cristo, ha sido preso por nuestros pecados!* (2). ¡Oh pecados nuestros, que tanto dolor causais á Cristo y á su Madre! Llorad, ojos míos, toda la noche; llorad llorando con gran dolor, derramando copiosas lágrimas por vuestras mejillas (3); pues ningun otro consuelo les podeis dar, que llorar las culpas que son causa de sus llantos.

(1) Thren. 1, 2. — (2) Ibid. iv, 20. — (3) Ibid. 1, 2.

## MEDITACION XXXI

DE LA PRESENTACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR ANTE  
PILATOS, Y DE LA MUERTE DE JUDAS

### PUNTO PRIMERO

1. Cuán deseado tenian este dia, así Cristo, como sus enemigos, pero con fines contrarios.—2. Malicia de los escribas en la pregunta que hicieron á Cristo.—3. Admirable prudencia y mansedumbre de Cristo en su respuesta.—4. Devoto afecto acerca de este paso de la pasion.

*Luego en siendo de dia, se tornaron á juntar en casa de Caifás los príncipes de los sacerdotes, y los escribas y ancianos, y llamando á su concilio á Cristo nuestro Señor, le preguntaron segunda vez: Si tú eres Cristo, dínoslo. Respondió el Señor: Si os dijere quién soy, no me creereis; y si os preguntare algo, es á saber, de las Escrituras, para que vengais en conocimiento de esto, no me respondereis, ni me soltareis; pero de verdad os digo, que el Hijo del hombre, que está aquí, despues estará sentado á la diestra de Dios. Replicaron ellos: ¿Luego tú eres Hijo de Dios? Respondióles Jesus: Vosotros lo dectis, que yo soy. Contentos con esta respuesta, dijeron: No hay necesidad de testigos, pues de su boca hemos oido lo que queremos* (1).

1. Aquí se ha de ponderar lo primero, cuán deseada tenian la mañana, así Cristo nuestro Señor, como sus enemigos, pero con fines contrarios. Cristo, porque en aquel dia pensaba concluir la reden-

(1) Luc. xxxii, 66-67-70-71.